han vivido con ella lo mas deste tiempo, que se acuerde haber ella jamás dado ocasion á nadie para que se pudiese quejar. Estaba con tan gran deseo de morirse, que no podia creer que habia de ser, y decia que si acá quedaba, de solo pesar de eso moriria. Estuvo siempre con mucha paz y sosiego, y así espiró, sin hacer ninguna manera de visaje, y aun sin dar boqueada que se echase de ver. Con no ser hermosa, lo quedó despues de muerta tanto, y con tan gran blancura, que parecia otra, dando el Señor en su cuerpo indicios manifiestos de la gran hermosura que tenia en su alma.

CAPITULO XV.

Del sesto Monasterio de nuestra Señora de la Concepcion, que fundó la Madre Teresa de Jesus en la villa de Pastrana.

Cuando llegó la víspera de Pascua de Espíritu Santo, que era quince dias despues de la fundacion de la casa de Toledo, habia en ellos trabajado mucho la Madre en acomodar la iglesia, y poner redes, y cosas semejantes, y despues de todo esto sentádose á comer en refitorio, la dió un consuelo tan grande de ver que lo tenia ya todo acabado, y que aquella Pascua podria descansar á su placer con nuestro Señor, que casi no podia comer, segun sentia su alma regalada. Estando en esto, la vienen á decir que estaba allí un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer del príncipe Ruigomez de Silva. Fuele á hablar la Madre, y era que la princesa enviaba por ella para que fundase un Monasterio en su villa de Pastrana, segun entre las dos estaba tratado, aunque la Madre no pensó que fuera tan presto. No la pareció que convenia salir de Toledo, por ser el Monasterio tan recien fundado, y con la contradiccion que habia habido, aunque él hacia grande instancia diciendo, que la princesa estaba ya allá, y no habia ido á otra cosa. La Madre via que era menester contentar á Ruigomez y á la princesa, por cierto respeto que importaba mucho para el servicio de Dios (que era porque tenia la órden mucha necesidad del favor del rey para

que la amparase, porque ya comenzaban contradicciones), y fuese delante del Santísimo Sacramento para suplicarle que escribiese ella de tal manera á la princesa, que no se enojase. El Señor la dijo entonces: «Hija, no dejes de ir, que á mas vas que á esa fundacion. Llévate la regla y las constituciones.» Como oyó esto, acudió al remedio que solia usar en cosas semejantes, que era ir á su confesor, y preguntarle lo que seria mas servicio de Dios, representándole las razones que habia; pero no diciendo cosa de lo que el Señor la habia dicho, que desta manera quedaba ella mas satisfecha, y rogaba siempre á Dios la diese luz. El confesor la dijo que fuese, y así partió de Toledo, segundo dia de Pascua de Espíritu Santo, que fué á treinta de Mayo de 1569, con Isabel de san Pablo y doña Antonia del Aguila, y dejó en Toledo por mayor á la madre Isabel de santo Domingo. Llegada á Pastrana, fué muy bien recebida del príncipe Ruigomez y de la princesa, y diéronla un aposento apartado, donde estuvo mas de lo que pensó, porque la casa que les habia de dar la princesa era pequeña, y habia hecho derribar mucho della para ponerla de la manera que era menester. Tres meses estuvo allí, y aunque parecia que este Monasterio no la habia de costar trabajo como otros, por estarse todo hecho, no la dejó de costar alguno, porque se la pedian algunas condiciones, que ella no juzgaba estar bien á su religion, y así se resolvió en volverse sin hacer el Monasterio. Pero como la princesa, por el deseo que tenia por el servicio de nuestro Señor, lo deseaba mucho, y el príncipe holgaba de darla contento, allanóse el negocio y fundóse el Monasterio de nuestra Señora de la Concepcion, á nueve de julio, octava de la Visitacion, de 1569 años. No habia traido la Madre consigo mas de las dos monjas dichas, y así embió á Medina por Isabel de san Gerónimo y Ana de Jesus, que habian tomado allí el hábito, y de la Encarnacion trajo otra. Lo que mas hizo aquí la Madre, dirémoslo á su tiempo. Acabado esto, se volvió á Toledo, que era la casa que mas necesidad tenia de su presencia, por ser tan recien fundada, y por esto estuvo allí algunos meses, hasta que

compró la casa que dijimos, y lo puso todo en órden. Llegó víspera de la Magdalena, y en el coche en que ella habia venido, embió á la madre Isabel de santo Domingo por Priora de aquel Monasterio, y á la madre Ana de los Angeles, que era Priora de Malagon trujo para que lo fuese en Toledo, y lo fué hartos años, y ahora lo es en Cuenca. En su lugar, por mayor, puso en Malagon, á la madre María del Sacramento. En Pastrana, puso por Supriora á Isabel de san Pablo.

CAPITULO XVI.

De la fundacion del sétimo Monasterio, que fué san José, en Salamanca.

En este tiempo el Rector del colegio de la Compañía de Jesus de Salamanca (que era el Padre Martin Gutierrez, hombre de gran santidad y de escelente juicio, y de muchas letras, y muy buen púlpito, por quien nuestro Señor trajo á su servicio muchas almas, y á quien fué servido de tomar por instrumento para hacerme á mí acabar de venir á la Compañía), escribió á la Madre á Toledo, que estaria bien un Monasterio de los suyos en aquella ciudad, trayéndola para esto buenas razones. Ya ella habia pensado otras veces en esto de Salamanca, y reparaba en ser lugar pobre para hacer en él Monasterio de pobreza, y entonces consideró que lo era tanto Avila, y no les habia faltado lo necesario, y partióse para Avila con intencion de ir desde allí á Salamanca. Trajo consigo á Salamanca sola una compañera, que fué María del Sacramento, de quien ya he hablado, porque desde que salió á la fundacion de Medina con tantas monjas, tenia determinado, y así lo hacia, de sacar muy pocas, como una ó dos, hasta fundar, y en tomando la posesion, embiar por las demás. Desde Avila escribió al Padre Martin Gutierrez, para que la hubiese la licencia del obispo, que era entonces don Pedro Gonzalez de Mendoza, y él le informó de la religion con que se vivia en estos Monasterios, y así la

alcanzó fácilmente. En teniendo estas licencias la Madre, luego la parecia que tenia hecho el Monasterio, y hizo alquilar una casa de un caballero llamado Gonzaliañez de Ovalle, en el arroyo de san Francisco, junto al Monasterio de santa Isabel. Vivian entonces en ella estudiantes, y acabóse con ellos que la dejasen cuando viniese quien la habia de vivir, que siempre la Madre andaba con gran recato que no se supiese nada hasta tener tomada la posesion, porque por esperiencia sabia cuánto le pesaba al demonio con estos Monasterios, y la diligencia que ponia en estorbarlos. Con esto partió de Avila con muy pocos dineros, pero con mucha fé y confianza que llevaba en la misericordia de Dios, porque via que habia menester mucho para acomodar la casa, y no tenia allá quien la pudiese ayudar. Llegaron á Salamanca, víspera de Todos Santos, á medio dia, habiendo andado harta parte del camino la noche antes con mucho frio y con bien mala disposicion; pero ni por estos ni otros mayores trabajos dejaba ella de hacer lo que entendia convenia para la gloria de Dios. Luego desde una posada envió á llamar á Nicolás Gutierrez, mercader, á quien ella conocia, porque tenia unas hijas monjas en la Encarnacion, y sabia que era siervo de Dios, y se ayudó mucho dél en esta fundacion. Encargóle mucho que la casa se desembarazase luego aquel dia, y él lo negoció con mucho cuidado, y se desembarazó aquella tarde, y ya casi de noche entró en ella. Luego dieron órden en aderezarla para que se pudiese decir en ella misa á la mañana, y el Padre Martin Gutierrez la prestó alguna ropa y mesas y frontal, y lo demás que fuese menester para esto, y envió allá dos hermanos que lo pusiesen, y ayudasen á todo, y así á la mañana, muy de mañana, dijo la misa y se tomó la posesion de este Monasterio, que tambien se llama san José, dia de Todos Santos del año de 1569. Hecho esto, embió por algunas monjas á Medina, y con ellas se puso luego la casa en forma de Monasterio. Estas fueron Ana de la Encarnacion, á quien dejó por Priora, y María de Cristo, que fué Supriora, y Gerónima de Jesus, que ahora es Priora de Veas; y de Avila

trajo unas novicias que habia recebido para allí, que fueron Ana de Jesus, que es ahora Priora de Madrid, y Juana de Jesus y María de san Francisco, que la habia recebido en Toledo, y ahora es Priora en Alba. Aquella noche del dia de Todos Santos, la Madre y su compañera María del Sacramento, que era de mas edad que ella, se quedaron solas en aquella casa grande y desbaratada, y encerráronse en una pieza donde tenian paja, que era la primera cosa del ajuar que la Madre traia á estos Monasterios cuando los fundaba, porque con ella hacia cuenta que tenian cama. No tenian entonces otra sino esta paja y dos mantas que las habian prestado en la Compañía. Pero el dia siguiente las prestaron ropa para las que habian de venir, las monjas de santa Isabel, y las embiaron de comer, y todo el tiempo que estuvieron en su vecindad las hicieron harta caridad, porque habia entonces, y siempre ha habido en aquel Monasterio, personas muy siervas de Dios, y de mucha caridad, y muy religiosas. Estaba aquella noche María del Sacramento con grandísimo miedo no se hubiese quedado alguno en la casa, y despues que se encerró en esta pieza, algo estaba mas sosegada. Mas con todo eso, miraba á una parte y á otra, y no la parecia que aun allí estaba segura, y no lo habia el demonio por turbarla á ella, sino por turbar á la Madre y hacerla mal, que aunque ella no temia nada, como era enferma del corazon, poco era menester para causarla algun gran mal dél. Tambien, como era víspera del dia de las Animas, y se doblaba en todas las iglesias, y el ruido era tan grande y tan triste, no dejaba de ayudar harto para la flaqueza del corazon. Preguntándola, pues, la Madre qué miraba: Estaba pensando, Madre (respondió ella), si ahora me muriese yo aquí, qué haria vuestra reverencia sola. Hízola pensar un poco esta respuesta, y aun haber algun miedo del mal dicho, porque los cuerpos muertos, aunque ella no los temia, siempre la enflaquecian el corazon. Pero como era graciosa y de mucho ánimo, respondió no haciendo caso de aquello, y dijo: Hermana, cuando eso fuere, pensaré lo que tengo de hacer; ahora déjeme dormir. En

esta casa estuvieron casi tres años con mucha incomodidad, porque como era tan grande y tan mal aderezada, era muy fria, y por razon de aquel arroyo que llaman de san Francisco, que pasa por delante de la puerta, era muy húmeda y enferma. Desta manera pasaron mucho trabajo, pero con gran igualdad de corazon y con mucho consuelo espiritual; y mas fué el trabajo despues que se fué de allí la Madre, que fué presto, por la razon que despues diremos, y dejó entonces allí por Priora á la madre Ana de la Encarnacion, y lo fué despues hartos años. Otro trabajo tenian tambien grandísimo, la soledad que les hacia el no tener allí el Santísimo Sacramento, que no le tuvieron en todo este tiempo, por no haber lugar donde decentemente se pudiese poner. Y por decir de una vez todo lo que hizo la Madre en este Monasterio, como he dicho en otros, diré como al cabo del tiempo que he dicho, vino á mudarlas desta casa á otra mas á propósito y en mejor puesto, aunque la costó harto trabajo. Como tenian las monjas tanta necesidad de mudar casa, andábanla buscando, y concertáronse con un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Pedro de la Vanda, que les diese una suya, y desto avisaron á la Madre, que estaba entonces en Avila, y era Priora de la Encarnacion, como despues diremos. Ella entonces lo contó á un Padre de la Compañía de Jesus, hombre grave y muy religioso, á quien estimaba en mucho; preguntóle si le parecia que fuese á Salamanca para comprar la casa, y dejarlas acomodadas de lo que hubiesen menester. Respondió el Padre (segun él á mí me contó) que no convenia, porque si ella fuera hombre, que habia de predicar, y salir, y visitar, pudiéralas hacer algun provecho; pero una mujer que habia de estar encerrada ¿qué las podia hacer? La Madre, con su gran fé y caridad que tenia á las hermanas, miró mas en ello, y en fin, se determinó de ir, y llevó consigo á doña Quiteria de Avila, monja del mismo Monasterio de la Encarnacion, que despues fué Priora dél. En el camino tuvo mucho trabajo, porque era por agosto, y como la hacia mal el sol, era menester caminar de noche con mucha escuridad y

camino áspero. Juntó todo el dinero que pudo, prestado, para acomodar la casa, y la bestia en que este dinero venia, se perdió con la escuridad de la noche sin que se echase de ver. Llegaron á la posada á media noche, pero sin la bestia y sin el dinero. A la mañana salió un mozo por el camino á buscarla, y la vino á hallar algo apartada del camino echada, sin que faltase cosa de lo que llevaba, ni nadie hubiese llegado á ella. La noche siguiente no perdieron el dinero, sino á la misma Madre, que les daba mas pena. Como hacia tan escuro, habíanse apartado los unos de los otros, y en una calle de un lugarito por donde pasaban, un Padre que iba allí, díjola que le esperasen allí ella y doña Quiteria entretanto que buscaba los demás. Mas despues que se topó con los otros, quiso volver á donde habia dejado á la Madre, y jamás acertó. Pasó adelante pensando que ella habria hecho lo mismo, y júntase con la demás gente, y cada cual pensaba que venia la Madre con los otros, como cuando se perdió el niño en Jerusalen; y visto que no venia allí, se entristecieron y se tornaron á dividir, unos para buscarla por el camino que ya habian andado, otros para dar voces por diversas partes á ver si les oia. Despues de buen rato que pasaron de pena, ven venir á la Madre con su compañera, y un labrador, que le sacaron de su casa con cuatro reales que le dieron, para que las acompañase y mostrase el camino. Llevaba consigo entonces al Padre Fray Antonio de Jesus y al Padre Julian de Avila, que la ayudó mucho en estas fundaciones. En Salamanca fué luego á ver la casa que les daban, y estaba en muy buen puesto, entre las casas del conde de Fuentes y del conde de Monterey; pero tenian dos cosas trabajosas, la una que era de mayorazgo, y no se podia vender sin licencia del rey, y la otra que estaba tan maltratada, que para poder entrar en ella y ponerla en alguna forma de Monasterio, era menester gastar mas de mil ducados. Tambien habia otra dificultad, que esto era por nuestra Señora de Agosto, y en Salamanca se alquilan las casas por san Miguel, y por esto era menester, que ó la obra se acabase desde allí á san Miguel, y se pasasen

entonces (y este tiempo era poco para lo mucho que habia que hacer), ó alquilasen la otra casa por todo el año. La Madre, á quien Dios habia dado pecho para romper por todas dificultades, se concertó con el caballero, y le compró la casa, con condicion que él sacase la licencia del rey, y hizo que luego se comenzase á reparar, y señaló dónde habia de ser iglesia, y todas las otras piezas que eran necesarias para un Monasterio, y compró un pedazo de una casa que estaba allí junto, para hacer mayor la iglesia, y Julian de Avila andaba allí siempre dando priesa en la obra y gastando mucho dinero. Cuando vino san Miguel, no estada acabada la obra ni con buena parte, aunque habian andado y andaban muchos oficiales; pero fueles forzoso pasarse entonces á ella, porque no habian alquilado para el año venidero la otra en que vivian, y el dueño las daba mucha priesa que la desembarazasen. Por esta razon se pasaron la víspera de san Miguel, antes que amaneciese, y para el dia siguiente estaba ya publicado que se habia de poner el Santísimo Sacramento, y habia de haber sermon y solemnidad. Pero antes de la fiesta ejercitó nuestro Señor un poco á la Madre, porque el dia que se pasaron, que fué año de 1573, llovió despues de comer, tanto, que para traer las cosas que habian menester de la otra casa hubo harta dificultad, y la capilla de la iglesia que se habia hecho de nuevo estaba tan mal tejada, que lo mas de ella se llovia, y con esto ni se podia hacer la fiesta, ni se sufria dilatarla, porque estaba ya publicado que habia de ser aquel dia. La Madre se vió muy penada, y váse luego al remediador de sus necesidades, y con una como queja amorosa le dijo: que ó no la mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad. A la mañana hizo muy buen sol, y hubo mucha gente, y música, y sermon, y púsose el Santísimo Sacramento con gran solemnidad, y con mucho consuelo de la Madre y de sus monjas, que tanto tiempo habian estado sin él como en un desierto. Como la casa estaba en buena parte, comenzó con esto á ser mas conocida, y tomaban mas devocion con ella, y particularmente la tomó la condesa de Monterey y doña María

Pimentel, y las favoreció mucho, porque era esta señora gran sierva de Dios, y hacia muchas y muy buenas limosnas. Luego el Señor comenzó á llamar gente que entrase en esta casa, y aun estando allí la Madre, la pidieron el hábito cada cual por sí, sin saber la una de la otra, dos doncellas principales, doña Francisca de Luna y doña Leonor de Ledesma, hijas de un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Martin Dávila Maldonado, en cuya casa y mayorazgo sucedió Juan de Solís Dávila, su hijo. La Madre se aficionó mucho á ellas por las buenas nuevas que tenia de su virtud, y devocion, y recogimiento, y seso, mas que de la edad que tenian, porque eran bien mozas, y habíalas dado el sí; pero supo que doña Francisca (que era la que primero lo habia tratado) no tenia para ello salud, y así recibió á sola su hermana, que despues se llamó Leonor de Jesus, y murió antes de cumplir dos años en la religion, dejando á sus monjas muchos deseos de sí, porque era muy amable, y humilde, y apacible á todas. Y en este poco tiempo se dió tan buena priesa, que se puede decir della lo que el sábio dice, que con morir tan presto, vivió vida larga y de mucho tiempo. He dicho esto porque esta dichosa vírgen de Cristo, como se dió á sí misma á la religion, así la dió tambien enteramente la hacienda que de sus padres habia heredado, y esta ha gozado y goza el Monasterio. Antes y despues han entrado personas muy nobles y de mucha calidad, y entre ellas doña Ana de Solís, hija de don Severo Alonso de Solís, siendo de pocos años, y ofreciendo á Dios los que la quedaban con gran determinacion y alegría: llamóse en la religion Ana de la Trinidad. Hago particularmente della mencion, por haber sido su entrada muy estraordinaria y maravillosa. Porque habiendo padecido grandes tormentos desde que hubo siete años hasta los diez y seis, de las curas que la habian hecho en una postema que tenia en un brazo de una caida que dió, y diciendo los médicos á cabo deste tiempo que moriria, si no la cortaban el brazo, y habiéndose ya determinado que se hiciese, se dejó, porque doña Catalina de Añaya, su tia, monja de santa Isabel,

y gran sierva de Dios, dijo con gran determinacion que no se habia de hacer, y que Dios la habia de sanar. Esto dijo ella á cabo de algun tiempo, que lo habia entendido así de nuestro Señor. Dió despues Dios á la enferma deseos grandes de servirle con mucha perfeccion, y ser monja Descalza, y moríase por ello, y parecíala imposible, porque su mal era de manera que ni un viernes solo podia dejar de comer carne. Todos los que lo entendian la quitaban la esperanza, y yó fuí uno destos, porque naturalmente no parecia que habia que esperar. Mas el Señor, que era el que lo queria, y el que lo habia de hacer, un dia, estando ella muy descuidada, puso en su alma un esfuerzo grande con que luego prometió á Dios y á nuestra Señora de entrar en aquella órden, si la daba la salud. Y añadió con el fervor del espíritu, que esto lo veria ella, en que dejaria todas las curas humanas, para que nuestra Señora sola la alcanzase la salud. Dejólas así como lo dijo, y aunque parecia que el brazo se le iba pudriendo, no las quiso usar, y al fin se le fué sanando, aunque la quedaron dos fuentes en él. Con esto dió mas priesa á sus deudos para que la diesen el hábito que tanto deseaba, diciendo con la fé que tenia en nuestra Señora, que ya el brazo estaba bueno. No fué creida, ni don Pedro de Solís, su tio, quiso hablar palabra en el Monasterio hasta que se le mostrase. Ella le descubrió con mucha fé, y pareció el brazo sano y sin fuentes, y así ha estado siempre, como si nunca le hubiera tenido malo. Con esto se trató el negocio, y ella entró en la religion, y en ella vive ahora con mucho consuelo de su alma. Tornando al propósito, despues de la muerte de la Madre, no pudiéndose concertar con aquel caballero, le hubieron las monjas de dejar su casa, y compraron una donde era el hospital del Rosario, que es en la que ahora viven, y el Señor las vá ayudando y dando mas lugar, como á quien tan bien le sirve, y deso pudiera yo decir harto, porque lo sé bien. Pero de los vivos siempre hablaré menos, y fuera deso no es mi intencion tratar de las monjas, que para eso es menester historia larga por sí, sino de la santa Madre suya, cuya vida me he puesto á escrebir.